

LITURGIA DESPUÉS DEL CORONAVIRUS:
MIRANDO AL FUTURO*

Lino Emilio Díez VALLADARES, SSS

En un mundo sin horizonte trascendente, la evidente crisis de la Iglesia de Occidente no debe considerarse solo en cifras (declive demográfico, disminución de la práctica religiosa, reducción del número de sacerdotes...). El futuro de la Iglesia pasa por que se convierta en *un signo en medio de la gente*: una Iglesia que comparte la vida de hombres, mujeres y niños.

El virus hace lo que quiere y –dicen los expertos– hay que aprender a vivir con él, pero el impulso de los cristianos que eligen vivir según el Evangelio, personal y comunitariamente, requiere la energía de quienes eligen comerciar con los talentos y no ponerlos a salvo en un agujero. Pero hay mucho más, y como creyentes nos lo recordamos: está el Espíritu que se anticipa y nos sorprende, que sigue su curso, que «no pierde el hilo de la historia» y que, a diferencia del virus, procede para el bien de todos, de cada persona y de la humanidad entera.

Nos enfrentamos a la necesidad de desarrollar, en un tiempo radicalmente nuevo, una nueva forma de presencia de la Iglesia.

Lino Emilio Díez Valladares, SSS, doctor en liturgia, profesor del Instituto Superior de Pastoral (IPSA) y párroco de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento de Madrid

* Texto publicado por el autor en *Cooperador paulino* 192 (2022) 9-11.

Se trata de todo un «acto de tradición», es decir, de expresar en formas nuevas lo que hemos recibido. No se trata de «reinventar la Iglesia antigua», sino de testimoniar el Evangelio, que hemos recibido del Espíritu, con expresiones nuevas y de dar una nueva figura al cristianismo.

Hay una forma de la Iglesia que está pasando, que está cayendo en la ruina a causa de las divisiones, del clericalismo, de la falta de lucidez y determinación para hacer conversiones reales y auténticas, de los abusos (autoritarismo, pedocriminalidad, abusos espirituales y financieros...). La pandemia tiene su papel, pero no se le debe culpar de la totalidad del deterioro actual. Asumir el final de esta figura de Iglesia y renunciar a su restauración es el peaje necesario para pensar en la Iglesia del futuro.

PALABRA, SACRAMENTOS, LITURGIA

Podemos contemplar el momento del reinicio en el que estamos entrando con al menos dos perspectivas diferentes: una que espera que todo vuelva a ser como antes, y otra que pretende atesorar lo que ha surgido durante el confinamiento y las restricciones sanitarias, para que el mañana no sea necesariamente idéntico al pasado, sino que se enriquezca con él. Hay que tomar el segundo camino.

El primer paso necesario sería animar a las comunidades cristianas a *leer lo sucedido* durante la fase de cuarentena, en particular en lo que se refiere a la relación de los fieles con la Palabra, los Sacramentos y, en general, la liturgia.

Al escuchar lo que surge de las experiencias destacan varios elementos, y trataremos de recoger los más recurrentes.

UNA LECTURA

Un primer elemento es la *diversidad de enfoques, significados, expectativas, formas de recibir la Palabra, los sacramentos y la liturgia*. No podemos dar por sentado que el hecho de haber compartido celebraciones, fiestas, asambleas litúrgicas durante años sea una garantía de que estas realidades sean entendidas de la misma manera por todos los miembros de una comunidad. En gene-

ral, en la comunidad cristiana se dialoga muy poco sobre estos aspectos, y la práctica religiosa se vive sin llegar a ser un punto de reflexión compartida. Ahora, la suspensión forzosa vivida puede abrir importantes espacios de confrontación en la forma de vivir la experiencia y la práctica religiosa.

Un segundo elemento, consecuente con el primero, es que *cada persona respondió a la falta de celebraciones comunitarias buscando de diferentes maneras lo que le faltaba*. Un ejemplo sencillo: algunos se sintieron apoyados al seguir las celebraciones difundidas por los medios de comunicación, otros las sintieron distantes e incluso inapropiadas. No es que necesitáramos la cuarentena para saber que hay diferentes sensibilidades religiosas y espirituales dentro de nuestras comunidades, pero este tiempo ciertamente lo ha puesto en evidencia y las formas de búsqueda personal se han multiplicado.

Un tercer elemento que surgió inmediatamente es *un importante analfabetismo y una ausencia sustancial de formas litúrgicas domésticas: en términos simples, la capacidad de rezar en familia*. Básicamente, cabe preguntarnos cuánto y cómo nuestras comunidades consiguen educar e introducir a sus miembros en la oración (personal/familiar y comunitaria), en la escucha de la Palabra (personal/familiar y comunitaria), y en la vida sacramental (no sólo a través de la catequesis sobre los sacramentos, sino a través de la práctica). En particular, debemos preguntarnos hasta qué punto es entendida y vivida por los laicos y el clero la estrecha relación entre la Iglesia (no entendida de forma abstracta, sino como una comunidad cristiana concreta reunida) y la Eucaristía.

Este rápido análisis del tiempo de la cuarentena es una invitación a profundizar, si no queremos que la llamada *vuelta a la normalidad* sea un retorno a lo mismo vivido como costumbre. Se podría proponer a las comunidades una serie de preguntas en profundidad, como por ejemplo: ¿Qué necesidades surgieron durante la cuarentena? ¿Qué es lo que buscábamos? ¿Qué hemos echado de menos? ¿Qué es lo esencial? ¿Qué significa celebrar el *Misterio*?

Recojamos también de forma sencilla algunas de las riquezas y sugerencias que han surgido hasta ahora.

ALGUNAS LECCIONES

La escucha y la meditación de la Palabra siempre han sido posibles, tanto en los recorridos personales y familiares como en las intervenciones en los medios de comunicación. Las ayudas/subsidios proporcionadas por las oficinas diocesanas también fueron útiles para vivir las celebraciones y fiestas en casa, especialmente la Semana Santa. Una sugerencia es que se refuerce la dimensión de la oración (digamos también litúrgica) en el hogar para el tiempo que viene, incluso cuando ya podemos reunirnos de nuevo para celebrar y rezar juntos. Tenemos que reeducarnos y reeducar a los demás en la oración en casa, y en la oración que adopta diferentes formas, no sólo por las diversas sensibilidades personales, sino porque *la vida espiritual no puede limitarse solo a la vida sacramental.*

Lo que faltaba claramente eran los sacramentos, en particular la Eucaristía. Nuestra experiencia cristiana no está exenta de las consecuencias de lo que vivimos. También la fe vive a través del contacto y el encuentro, a través de los sentidos, que nos hacen escuchar, ver, oler, sentir, saborear. El momento cumbre de nuestra fe es el momento de contacto por excelencia... el acontecimiento celebrativo en el que comemos y bebemos, saboreamos y asimilamos el Cuerpo del Señor después de haber escuchado su Palabra para hacernos uno con él y entre nosotros: recibimos su Cuerpo (eucarístico) para convertirnos en su Cuerpo (eclesial). Ni siquiera la reanudación de la celebración eucarística elimina las dificultades, debido a las diversas restricciones y limitaciones, incluidas las gestuales. *La Eucaristía, en efecto, requiere por su naturaleza la convocatoria de la asamblea, la presencia de los cuerpos y que comamos.* Si por un lado, por tanto, entendemos –debemos hacerlo– la particularidad del tiempo actual, sin embargo, ésta no debe decaer en formas sucedáneas de la celebración del sacramento, ni debe alimentar lo que ya estaba en riesgo antes, es decir, la preocupación por cumplir un precepto –un deber individual– frente a la celebración como comunidad, como pueblo convocado. Podríamos aprender de tantas comunidades cristianas de todo el mundo que no tienen la riqueza de la celebración eucarística dominical e incluso diaria, pero que viven y alimentan su fe de otras maneras.

En la fase de reanudación que vivimos ahora, podría fomentarse en todo caso la práctica de otros sacramentos que no requieran una dimensión asamblearia, aún potencialmente peligrosa desde el punto de vista sanitario, como la reconciliación. Otro experimento podría ser *la propuesta de la dimensión comunitaria de la oración en pequeños círculos concéntricos: de la familia, de pequeños grupos en el barrio, en los grupos parroquiales o apostólicos...* Estas formas concéntricas no deben desaparecer ni siquiera cuando se pueda convocar en plenario (de toda una comunidad): no se trata de ponerlas en competencia, sino de enriquecer nuestra experiencia para fomentar formas diferentes que puedan llegar también a quienes están lejos de las iglesias. Esta atención puede fomentar la experiencia de una parroquia conocida como «hogar entre la gente». Podemos evocar aquí la experiencia de los monjes trapenses mártires en Argelia: despojada, vaciada de toda pretensión de poder, la comunidad tuvo una irradiación espiritual más importante cuando supo solidarizarse con las personas afectadas por la crisis: la comunidad no tuvo otro papel que el de ser un signo, un *signo de comunión y reconciliación* en medio de la gente, hasta las últimas consecuencias.

Por último, reanudar las convocatorias de manera gradual en una variedad de lugares y contextos, desde los restringidos hasta los más amplios, acompañaría la *salida gradual de la dimensión virtual en la que hemos vivido y en la que corremos el riesgo de ver confinada la dimensión de la celebración*. Juntos, presencialmente, incluso entre unos pocos, podemos volver a decir palabras y hacer gestos sin exponernos imprudentemente a riesgos: el sacramento es, de hecho, un signo de la gracia, comprensible gracias a las palabras pronunciadas y a los gestos realizados. Los gestos de una celebración familiar, diferentes de los posibles en una celebración en el templo, son importantes porque hacen que los cuerpos actúen mientras se pronuncian las palabras. Volvamos a partir de esta interacción entre gestos y palabras en el hogar, en la vida cotidiana, en las relaciones sociales, hasta que podamos volver a la asamblea con gestos y palabras que se hagan y digan juntos en celebraciones comunitarias reales y no sólo virtuales, sin restar de ninguna manera la intensidad espiritual que incluso las palabras

escuchadas y los gestos seguidos a través de la web pueden dar por la fuerza del propio Espíritu y la realidad que allí se celebra.

Estas reflexiones germinales y sintéticas no pretenden más que animar la reflexión, suscitar el diálogo en el seno de nuestra Iglesia y en las comunidades parroquiales para favorecer la comprensión de la capacidad mistagógica de la liturgia y alentar una nueva forma de vivir los misterios de la fe y de celebrarlos.